

1036

— 1 —

CLIMA, COSTUMBRES Y ENFERMEDADES PREDOMINANTES EN GUAYAQUIL Y QUITO

Por Don Abel Victorino Brandin.

(Tomado de "INFLUENCIA DE LOS DIFERENTES CLIMAS DEL UNIVERSO SOBRE EL HOMBRE Y EN PARTICULAR DE LA INFLUENCIA DE LOS CLIMAS DE LA AMERICA MERIDIONAL, pp. 57 a 102. Lima, 1826.

Imprenta de la Libertad,
Por J. M. MASIAS.

PROLOGO

Don Abel Victorino Brandin fué Doctor en Medicina, de la Universidad de París, Caballero de la Orden Real de la Legión de Honor de Francia; de las Academias de Europa y de las Américas, etc. El ilustre médico peruano, doctor Carlos Enrique Paz Soldán nos ha dado a conocer los siguientes datos biográficos de este célebre médico francés: el doctor Brandin, después de haber servido como médico de los ejércitos imperiales, vino a la América; llegó primero a Buenos Aires, de donde pasó a Chile, incorporándose allí al ejército en calidad de Cirujano; tomó parte en la expedición hacia Arica; con tal ocasión se le presentó la oportunidad de aplicar el sulfato de quinina por primera vez en la América, en la cura de las tercianas. Luego pasó a Lima, donde publicó "Nuevas consideraciones sobre las Fiebres Intermitentes de la

costa del Perú y sobre las enfermedades nerviosas de las Mujeres". En dicha ciudad sostuvo una activa polémica con algunos médicos del lugar con motivo del uso del sulfato de quinina en las tercianas.

De su estadía en el Ecuador y de su labor científica he podido recoger los siguientes datos: De Lima se trasladó a Guayaquil y después a Quito; en 1825, mientras en nuestro Puerto, Olmedo escribía el memorable poema sobre la Batalla de Junín, Brandin, como el mismo lo consigna, redactaba su obra: "INFLUENCIA DE LOS DIFERENTES CLIMAS DEL UNIVERSO SOBRE EL HOMBRE Y EN PARTICULAR DE LA INFLUENCIA DE LOS CLIMAS DE LA AMERICA MERIDIONAL"; vivió y conoció de cerca el clima, las costumbres y las enfermedades reinantes en Quito y Guayaquil. En 1826 retornó a Lima con el propósito de publicar su libro. En 1828 le tenemos nuevamente en Quito; en dicho año se incorporó a la Facultad de Medicina de esta Capital, quedándose aquí a ejercer su profesión. En 1836 le encontramos formando parte de la Comisión encargada de estudiar los efectos curativos de las plantas "cuichunchulli" (*Yonidium parviflorum*) y del "Matum condenado" en el tratamiento de la lepra. Brandin hace sus investigaciones y eleva su Informe, que sale publicado en el periódico oficial "Registro Auténtico Nacional". Estos trabajos le inspiraron para escribir su estudio La Lepra en el Ecuador.

En ese mismo año de 1836 le encontramos formando parte, en calidad de profesor de Patología, de la Facultad de Medicina de Quito. En los Archivos de la Universidad Central hemos descubierto que en ese año extendió un certificado de asistencia al estudiante Baltazar Carrión, estudiante que una vez graduado de Médico y Abogado fué a ejercer su profesión en el Cerro de Pasco, Perú, en donde nació su hijo Daniel A. Carrión, el mártir de las verrugas de los Conquistadores y el joven héroe de la Medicina Americana.

La presencia del doctor Brandin en la Facultad de Medicina de Quito no fué bien mirada por sus compañeros de docencia; y se explica porque no querían estar supeditados por un profesional extranjero, erudito, observador y humanitario, que había inspirado confianza y respeto aun en el Gobierno.

Sin tropezar con las resistencias que encontró en Lima, introdujo en el Ecuador el uso del sulfato de quinina en la cura de la malaria. Y en un país en el cual este mal era el azote, tanto de los pueblos del Litoral, como de los valles interandinos y de la

región oriental, la introducción de esta droga vino a ser un milagro y la salvación de millares de enfermos. Como científico estudió la climatología, la patología y las condiciones sanitarias del país y como facultativo prestó en Quito y Guayaquil sus servicios profesionales, sobre todo en las especialidades de clínica interna, de enfermedades tropicales y psiquiátricas, según se puede deducir de la lectura de los dos capítulos de su obra.

El doctor Brandin parece que estuvo en Quito hasta fines del año de 1836, de donde pasó a Panamá, y luego, a México, para dirigirse casi inmediatamente a París; pues en 1837, según nos informa don Pablo Herrera en su "Ensayo sobre la Historia de la Literatura Ecuatoriana", el doctor Brandin se hallaba empeñado en publicar, por encargo del señor Larrea, la Historia del Reino de Quito, del Padre Juan de Velasco, desgraciadamente introduciendo caprichosas reformas en el original, del cual felizmente no llegó a publicar sino un fragmento. Existe un hecho cronológico que debe aclararse: pues, en el periódico quiteño "La Balanza" del 20 de febrero de 1841 aparece una interesante colaboración titulada: "Artículo comunicado. Mujer Gigante en el Ecuador" suscrita con las iniciales DOCTOR A.V.B., artículo que estoy convencido lo escribió el doctor Abel Victorin Brandin; esta colaboración fué enviada desde París? Probablemente que sí. Y para conocimiento de los médicos interesados, este artículo le reproducimos al final de los dos capítulos ya citados.

El doctor Brandin publicó en Francia una última obra y allí terminó sus días, después de haber llevado una vida errante, inquieta y fatigosa y muy fructífera para la medicina americana y especialmente para la medicina peruana y ecuatoriano.

EL EDITOR

DE GUAYAQUIL,
SUS COSTUMBRES Y USOS, SU TEMPERAMENTO Y
ENFERMEDADES.

GUAYAQUIL, es muy nombrado por su excesivo calor, sus abundantes lluvias, y por la frecuencia de la terciana, y ofrece un contraste muy grande con Lima, a donde no llueve jamás y a donde el calor es moderado.

Guayaquil fué la segunda ciudad fundada por Pizarro en la América del Sur, y poco después Piura, cerca del año 1534.

Los insultos de los indios de la vecindad, consiguieron en el principio su destrucción, y fué preciso volver a reedificarla.

Tuvo su primer establecimiento en la **ensenada de Charapotó**, poco más al norte, donde se halla hoy el pueblo de **Monte--Cristi**, de cuyo paraje fué mudada al que ocupa al presente, que es a la orilla o costa occidental del río Guayaquil, en 2 grados 11 minutos 21 segundos latitud sur.

Su antigua población, después de trasplantada del primer sitio, fué a la falda de un mediano monte, llamado **Cerrito Verde**, y la que ahora existe con el nombre de **Ciudad Vieja**: la posición del cerrito verde no carece de amenidad y ofrece una vista muy pintoresca, pero a la base del monte, debía ofrecer en el tiempo de su fundación muchas lagunas y pantanos.

—Extendiéndose la ciudad a la orilla del río, y en la inmensa llanura que limita el Cerrito Verde.

La ciudad moderna presenta un desenvolvimiento admirable. La riqueza de vegetación y árboles, que la rodean de todas partes, gustan a la vista y placen al corazón. La situación de Guayaquil es demasiado agradable y dichosa, y tal, que algún día será una nueva **Tiro o Albión**, por la extensión y la riqueza de su comercio. La naturaleza ha hecho todo por su feliz posición, el río de Guayaquil, la abundancia de su madera de construcción para los navíos y par sus casas, la abundancia de víveres, carne de bueyes, pescado, legumbres, frutas, etc. Un sabio gobierno, una administración local, paternal, derechos de aduana moderados, mucha facilidad, y la mayor libertad para los buques y para el comercio, y por lo que en breve prosperará.

La ciudad de Guayaquil tiene sus casas alineadas y construídas de madera, y altos con balcones. Las calles son anchas y tiradas a nivel, y ofrecen portales elevados muy cómodos y agradables.—La calle del comercio sería recomendable en las primeras capitales las más célebres. Su muelle o malecón es el más hermoso del mundo. Tendrá casi una legua de extensión de la base del Cerrito Verde más allá del astillero, y en una dirección perfectamente derecha, ribete, borde de casas bien construídas, que gozan de la vista más deliciosa.

Sería de desear la limpieza de sus calles y de su malecón, porque son bastante sucias y descuidadas, embarazadas de madera de construcción, que impide la limpieza y circulación.

Este descuido de limpieza, la falta de agua corriente en el medio de las calles para limpiarlas, y de fuentes o diques en medio de las plazas de la ciudad, junto al alto grado de calor, son otras tantas causas de insalubridad.

La población de Guayaquil llega cerca de veinte y cinco mil almas de todas edades, sexos y calidades. Esta población es compuesta de blancos, indios, mulatos, negros y otras castas. El comercio atrae allí muchas gentes forasteras que la aumentan, como también la guarnición, el pasaje de las tropas de los buques, etc.

El río de Guayaquil es el conducto por donde se ejecuta el comercio de esta ciudad. La distancia que él tie-

ne en lo que es navegable, desde la boca del río en la ensenada de la Puná hasta el caracol, puesto más interior del río, a donde llegan las embarcaciones, es de cerca de treinta a cuarenta leguas. Su anchura en la boca de la Isla Verde es de más de una legua, es menos en frente de Guayaquil, y de esta ciudad va algo angostándose hacia arriba, y forma en toda su distancia, además de la madre principal, otros varios brazos o esteros lo que no tiene el desembarcadero en frente de la ciudad: se nombra estero de Santay; y el otro cerca de Bodegones de Babahoyo, a quien da el de Aeurto (sic) son los más notables por su capacidad, y por apartarse tanto del río principal que forma con él islas muy grandes. Un día el estero de Santay será el jardín de delicias de los habitantes de Guayaquil.

Las orillas del río de Guayaquil son pobladas de arboledas de varias especies. El capitán BASIL HALL, en su diario de 1822, ha hecho una graciosa pintura de esta hermosa vejetación, hablando de la navegación para llegar a Guayaquil.

El comercio de Guayaquil entre las Provincias del Perú y Colombia, y los buques extranjeros es considerable. De dos maneras se le puede considerar: uno recíproco de los géneros y productos del país, otro transitorio, en que sirviendo de escala para las provincias del Perú, Guatemala, Panamá y otros puertos, por el contrario despacha los que bajan de las provincias de la Sierra a lograr la oportuna ocasión.

El **Cacao** debe mirarse como uno de los frutos principales: tiene salida para todas partes. (Es de reparar que en aquella ciudad y su vecindario, que tan copiosamente lo produce, es lo que menos se gusta por ser su uso menos que en otra parte).

La **Madera** en segundo lugar sirve para construir y carenar los buques.

Las **pitás, sombreros, algodón, arroz, sal, pescado salado, ganado vacuno, mulas y potros**, que criados abundantemente en sus dilatadas sábanas; el tabaco, la cera, lana de ceibo (producción de un árbol), zuelas, cueros, sea de bueyes u otro animal, son sus producciones.

El mantenimiento en Guayaquil es muy fácil y cómodo por la abundancia de víveres de todas clases y especies; pues la carne de vaca y carnero es barata, y el pescado fresco y salado bien común.—Legumbres verdes, y raíces de todas especies abundan, como también frutas hermosas; así el vivir es tan cómodo y fácil que no pensiona mucho al populacho. Los plátanos fritos son el pan del vulgo, de los naturales. La gente decente come pan. Aunque a la vista del agua, en verano la que sirve para beber es preciso traerla de cuatro a cinco leguas río arriba, porque en el estío la agua del frente de la ciudad está salada y muy sucia. Hay balsas, especie de embarcación del país con la que trafican y van á vender á la ciudad.

En los convites y espléndidas funciones de mesas, son muy ostentosos: sirven con mucha delicadeza, y de modo particular, y muy apropiado al calor del clima. La abundancia de nieve, de helado de todas clases, de frutas tan variadas y hermosas, la sabrosa piña, etc., daría envidia a los epicurianos de París y Londres.

El uso del vino es acreditado: el pueblo y la gente mediana bebe agua con aguardiente de uvas, que llaman allí de Castilla, mistela hecha de guarapo, cuyo abuso es muy excesivo en él por el vulgo. La costumbre más bien establecida es la bebida de punches cuando la usan moderadamente, aprovecha para aquél temple: con este se conforma también la gente de distinción, y bebida con parcimonia a las once y al anochecer: así templan la sed, y no se abandonan al agua, la que además del natural desabrimiento que contrae de la calor, incita con extremo la transpiración. Los ácidos empleados en corta cantidad, sirven de refrigerio y no pueden perjudicar.

Entre los varios estilos que allí se experimentan en los naturales, es la afición a las **peleas de gallos**. Una casa particular, en cuyo patio hay una especie de anfiteatro destinado para los espectadores, reúne siempre una concurrencia numerosa de aficionados. En este lugar se apuestan hasta sumas considerables en pro o en contra de los gallos combatientes. Armados de una navaja en forma de espolones, se lanzan los dos gallos uno

contra otro, y algunas veces espiran los dos a la primera acción. El gusto de este divertimento es tan grande y general, que se encuentran de estos gallos cuidados para este objeto, en todas las calles y en cada puerta, en el interior de las piezas de la gente mediana, amarrados a los ángulos de la cama. El ruido de estos animales no importuna el sueño de estos aficionados: se pasean con ellos en las calles como amigos: uso que parece cándido a los extranjeros; pero ¿quién puede censurar o criticar las diferentes diversiones y placeres de los hombres de los diversos países? En Inglaterra la carrera de caballos, la pugilaria, en España los toros, en Francia los teatros, el paseo a pie, etc. Las corridas de toros tienen también aquí su atractivo, y duran hasta dieciseis días seguidos.

Hay otro divertimento de casi todos los días de fiesta y de función, los cuales días de fiesta son tan numerosos y frecuentes en Guayaquil que toma la más grande parte del año. Quiero hablar de los bailes, según la moda del pueblo, con los cuales celebran las fiestas de día y de noche, en las calles, plazas, etc.

Estos divertimientos se hacen también en ciertas casas particulares, y le acompañan con correspondientes canciones, y grito agudo y discordante, y con tamborillo y batimiento de manos: es difícil soportar tal bulla para quien no está acostumbrado á los usos africanos, de donde vienen estas turbulentas diversiones.

Los naturales, los indios son más moderados en sus diversiones. Se cree fácilmente que las familias de distinción tienen otro baile y otra música. La decencia, la gracia, el forte - piano, un biolín ayuda al buen gusto. Habíamos asistido a diferentes reuniones numerosas o de familia, que podía servir de modelo a la mejor compañía de la Europa más civilizada.

Se debe también notar un uso muy general allí, que es el de la hamaca: uso muy apropiado al calor del clima; pero el abuso perjudica a la salud.

Córtense las hamacas a Guayaquil, y se volverá al instante la salud a las mujeres. D. BASIL HALL, ha hecho una pintura de la impresión que estas hamacas hacen a la primera vista de un extranjero, bastante verda-

dera y natural: no sé por qué fué tan desagradable a ciertas personas del país.

Los duelos generales o mortuorios sobre todo por los niños tiernos se hacen con una ostentación que ve frecuentemente la propia comodidad, colocan el cuerpo sobre un suntuoso féretro que se hace en la pieza principal de la casa, y lo acompañan de un número de cirios encendidos, en cuya forma lo mantienen parte del día para que pueda entrar y salir a todas horas cada persona conocida. Por lo regular a la tarde o a la noche llevan el cuerpo en procesión numerosa que acompaña a la iglesia, donde se concluye el entierro.

El temperamento de Guayaquil es muy nombrado por su calor y humedad. Algunos autores lo han llamado **países bajos equinociales**, por la semejanza que goza su terreno con **los países bajos de Europa dicho Bélgica**. Esta comparación carece siempre de justicia.

Hay una cosa reparable en este asunto, por ser contraria a lo común y es, que siendo aquel país tan cálido, no sean sus habitantes más trigueños, sino al contrario, más blancos que en ninguna parte de América del Sur; de modo que la blancura de las guayaquileñas es tan célebre como la hermosura de las georgianas; y se podría decir con razón, que las guayaquileñas son las georgianas de la América del Sur.

Se han hecho muchos razonamientos para explicar la causa de esta extrema blancura, y desde **Garcilazo de la Vega** hasta **Basil Hall**, ninguno ha satisfecho. No han tenido bastante cuenta, estos autores, de la influencia de la humedad del clima, del modo de vivir de las mujeres, de su perfecta inacción y substracción a la luz; lo mismo que las plantas que se privan de la impresión del sol y de toda luz, y que se marchitan, pierden sus colores, tienen una vida lánguida y contra natural. La falta de ejercicio, de movimiento, con el calor y la humedad favorecen el desenvolvimiento del tejido celular, lo hartan, impregnan de humedad, y favorece la blancura del epidermis del cutis. Los pelos participan de esta predisposición, y no son generalmente negros: al contrario, tienen una tendencia al rubio, otra disposición favorable a la blancura del cutis.

El clima de Guayaquil participa más que ningún otro de aquellos de la zona tórrida; y se sabe que está muy distante de ser tan favorable a la salud que aquellos de las fortunadas zonas templadas, a donde el glacial aquilón parece soplar la salud, y dar una nueva elasticidad a las fibras, y reproducir la vida animal, y añadir los años a los años, acompañándole proporcionada a las necesidades, y a los goces que la naturaleza ha designado a cada hombre según su constitución.

Generalmente cuando se habla o trata de la salud de los habitantes de Guayaquil, parece se abandonan a dos extremos igualmente reprecensibles, los unos, y estos son el mayor número, presentan su clima no solamente como muy enfermizo, sino también como muy homicida; los otros tratan de hacer creer que se le culpa sin razón.

Para evitar estos dos extremos, es menester distinguir en Guayaquil, la población propia, con la población de casualidad, como aquella de las tropas o gente de mar, o de los extranjeros que el comercio atrae allí, etc., y recordar el modo con que los puertos se pueblan, y a donde no hay día ni momento en que no se observan algunas mutaciones en los que entran o salen, sobre todo en la mala estación del invierno, que es la de los calores mayores y de las lluvias abundantes de diciembre hasta abril. Entonces sus efectos serán más sensibles como se ha experimentado en el año de 1740, cuando llegó una escuadra, cuya tripulación pereció allí enteramente, o como sucedió en el año de 1825 cuando llegó un número de tropa para la guerra del Perú y el sitio del Callao. Estas enfermedades serán también relativas al clima de donde vienen ellos, y a sus inclinaciones, hábitos, etc.

Los naturales del país participan también del influjo de la mala estación, y son atacados de tercianas, diarreas, calenturas biliosas.

El calor que se siente en Guayaquil ratifica los humores. Se cree sentir una fortaleza, la que no es más que una fermentación interior, y una necesidad que es efecto del decaimiento que producen grandes desperdicios, se siente inclinado para los diversos géneros de in-

continencia, consecuencia de la exaltación engañatriz, de una irritación nerviosa: así es que este desorden se necesitaría corregir a las que uniéndose las preocupaciones de la imaginación y otros excesos o disparates hacen por eso que las digestiones sean lentas y dificultosas, que la cólera se exalte y que sobrevengan las enfermedades.

Estas enfermedades siguen el período de las dos estaciones en los meses más calientes y más lluviosos: las más comunes son las fiebres intermitentes, llamadas vulgarmente tercianas: los hepatitis; las diarreas, disenterias, las enfermedades biliosas, etc.

En la otra estación son los catarros, las flucciones, los reumatismos, el escorbuto, las herpes, la gota, los frecuentes males de garganta que sobrevienen particularmente a las mujeres que no se guardan de las vicisitudes atmosféricas, y se exponen a las corrientes del aire estando en sudor, pues se desabrigan imprudentemente, y se abandonan desnudas a dormir en las hamacas.

El vómito prieto se observó también allí en cierta época, como en 1740, que fué cuando se manifestó por primera vez.

Las enfermedades de los ojos son también muy comunes, como las cataratas, la ceguera, y también las enfermedades cerebrales y uretrales, etc.

Por lo que respecta a las tercianas, endémicas en este país, no hay duda que provienen de las exhalaciones que se levantan de la superficie de la tierra, cuando el sol hiere perpendicularmente sobre las playas inundadas, y causa en el cuerpo animal, esta impresión particular, que rinde al cuerpo apto a ser atacado de calenturas periódicas; que esta disposición se conserva un espacio de tiempo, al cual la observación no ha permitido todavía asignar límites.

Que estas emanaciones tienen o no analogía con aquellas de las lagunas, ofrecen o no ofrecen ninguna diferencia en su calidad, es lo que es necesario aplicar ahora, no más que los efectos de estas turbaciones o refluimiento de la transpiración, cuando uno que está en sudor recibe en su cuerpo la lluvia, y por lo que le dá la

terciana prontamente: el hecho es que fiebres o calenturas intermitentes se manifiestan siempre en las circunstancias precitadas.

No es necesario, como piensa el vulgo, esperar número de accesos de calenturas intermitentes para combatir las, mejor vale preveer su revuelta; su carácter de tenacidad, sobre todo en los niños, en quienes se complica frecuentemente, con el tiempo, en las entrañas abdominales, y luego sigue todavía más imperiosamente.

En la curación de la terciana, el vomitivo y la sangría, son todavía problemas que están para resolverse por muchos médicos: tal es el vicio de estas proposiciones demasiado generales, que ellas pueden ser resueltas, de un modo que satisfagan todas las opiniones. Pero el hábito de bien observar, ha siempre enseñado, que los principios terapéuticos del médico práctico, deben ser dirigidos, más sobre diversas circunstancias juntas que acompañan una enfermedad, que sobre su forma.

En casi todas las calenturas de acceso, la lengua está cubierta de una mocosidad más o menos amarilla, síntoma que continúa alguna vez, en el tiempo de la piroxia, y se reproduce al volver del paroxismo: se le ha atribuído frecuentemente sin razón, a una sobrecarga de las primeras vías, y este pensamiento ha debido ejercitarse un influjo grande, sobre el uso del vómito. Ellos son generalmente indicados en Guayaquil, y en los países pantanosos: se puede omitir su uso; no son tan necesarios en Arequipa, Arica, Tumbes, etc. He observado que los amargos disipan este síntoma. Estando la lengua cargada, sería poco conveniente para suspender su administración, mientras subsiste este síntoma. El emético no tendría sino una apariencia de influjo sobre esta apariencia de sabura, que se renovaríase cuando el efecto del vómito fuese pasado.

En las nuevas consideraciones sobre las fiebres intermitentes de la costa del Perú, habíamos expuesto la época más conveniente para administrar el remedio para cortar la terciana, esta época es la más cercana al acceso que viene de acabar.

El remedio más eficaz, mas seguro, mas agradable mas pronto, es el que se debe preferir.

Tiempo ha, que se ha tenido por constante, que el principio febrífugo de la quina, adquiere mayor energía para obrar, a proporción que su contacto era mas o menos inmediato al estómago: una vez éste hecho observado, restaba reconocer este principio enérgico, y desnudarlo de todas las substancias inertes que le envolvían y desfiguraban, es lo que han hecho los distintos químicos franceses **Cauventou, Pelletier (*) Robiquet, Vase, Colin etc.** y el nuevo alkali descubierto en la cascarilla, el **sulfate de quinine**, dotado tan eminentemente de la propiedad febrífuga, ha dado los más satisfactorios resultados.

El sulfate de quinine puede emplearse de cuatro granos hasta 24 ó 30 en 24 horas, según la edad, el temperamento y la gravedad del enfermo. Su uso es más eficaz precedido de laxativo que trae cierto relajamiento. Lo administré a una hija querida de tierna edad, de cinco a seis meses del señor P. Ic. . . . atacada de esta terciana: principiando por algunos granos de calomelas, y después de su efecto, un grano de sulfate de quinine, repetido de dos en dos horas, bastó para cortar la terciana y recobrar la salud. La Señorita V. A. . . . las niñas de la señora P. E. y R. etc. El Oficial de marina S., el señor M. etc. han también experimentado sus buenos efectos. Sería de desear que este remedio fuese más conocido de los médicos del país: entonces se apreciaría su mayor utilidad sobre la cascarilla. Ellos no deben abandonarse a la prevención, por ser un remedio nuevo, cuando presenta utilidades, como lo testifican las academias de Europa, y los extranjeros que llegan aquí: no imitar ciertos médicos de otra ciudad que lo han condenado sin conocerle, y sin buscar los medios de conocerle. Este procedimiento es advitrario, y contrario al progreso de los descubrimientos, es hacer retrogradar la ciencia, es caminar como el cangrejo.

Con menos frecuencia en Guayaquil que en Arequipa, Arica, Tumbes, y algunos otros parajes de la cos-

(*)—En el texto original, posiblemente, por un error de imprenta, se ha escrito **Cauventon, Pelletan, Colon.** (N. del E.)

ta del Perú, las tercianas se complican de inflamación, y por consiguiente necesitan menos la sangría.

Las hepatitis son también frecuentes, y son resultado de las tercianas, del clima, y de la simpatía nerviosa y cerebral. Las sangrías locales, con sanguijuelas, aplicadas sobre la región del hígado, y a las vases almorranes; (**) los diluentes, suero con cremor de tártaro han tenido buen efecto al principio de estas enfermedades, después, y secundariamente, las fricciones de unguento mercurial sobre el hígado, los baños tibios, los disolventes, el calomelas al interior, alguna vez la aplicación de un vegigatorio sobre el dolor hepático, etc., no han dado siempre resultados satisfactorios.

Además de las hepatitis, hemos encontrado otras enfermedades orgánicas, cuya existencia no era sospechada. La abertura de los cadáveres ha difundido grandes luces, y es demasiado desconocida en el país. Los anurismos profundo seran de esta clase. Las afecciones orinales, la leu-correa, la menorragia, y otra lección de las propiedades vitales, el cáncer de la matriz, etc. Este, como todos los otros cánceres, tenía su origen en el estado patológico del sistema linfático, de esta propensión de las úlceras de esta parte, ha degenerado en cáncer, a un vicio particular, cuya naturaleza es desconocida, atacando las membranas mucosas, el tejido celular, las glándulas secretorias y linfáticas.

No siempre es fácil conocer a **priori**, el verdadero cáncer: hemos visto dar este nombre, a enfermedades que no lo eran, y atemorizar a las mujeres. Cuando la naturaleza de una enfermedad es desconocida, y que esta enfermedad presenta grandes variaciones y síntomas equívocos, la prudencia al menos obliga suspender el juicio, y no alarmar a las enfermas, mejor es confesar su ignorancia, o al menos sus dudas.

La mejor curación del cáncer consistiría, no hay duda, en destruir totalmente la enfermedad con el instrumento cortante: eso es fácilmente practicable en el seno, en los testículos y en los labios, etc.; pero no es

(**)—Estos capítulos siendo tomados de la obra original, se les ha reproducido textualmente. (N. del E.).

tan fácil en el interior de la matriz: en este caso, calmar los dolores, un regimen suave y humectante, circunspección de remedio, y cuando las fuerzas no son enteramente perdidas, y que tienen plethora, o conjección sanguínea local, la aplicación reiterada de sanguijuelas a la parte superior, y dentro de los muslos al ano, a la vulva, no ha dado siempre buen resultado. Cuando los dolores eran agudos, es sin el estado pletorio: yo he recurrido con suceso al alcanfor, a los narcóticos, los antispasmódicos: cuando los dolores eran vivísimos, la solución de opio en ayuda, las decocciones emolientes, la veladona, las unturas con aceyte de jusquian, u otra análoga. En caso de hemorragia uterina, yo suspendía los opioáticos para recurrir a los astrigentes, a la grande consude, la goma de quino, la decocción de ratanea, u otro astrigente mas activo al interior y exterior: las inyecciones reiteradas y cuasi continuadas, con una geringa particular a este fin, y terminado por una bomba taladrada cuatro o cinco gotas de acidulo fosfórica, administrada en estas inyecciones, en una cantidad grande de una decocción cualquiera, ha aliviado siempre más a los enfermos que los narcóticos. El aceytito de plomo o extracto de saturno, que goza de una propiedad sedativa y detersiva, ha siempre bien producido buen efecto. El extracto de cicuta tan exaltada, no ha correspondido a su reputación. La Señorita Ala. Meson. de la calle detras de la aduana, que no llamó, algunas semanas antes de su muerte, estuvo en un estado desesperado: la caída de sus fuerzas, un estado de disolución general y anasarca, una supuración interior estrema, paralizaba todos los medios de la medicina y del médico.—No era lo mismo para la señorita S. C. enfrente de la Merced, su estado era muy diferente: mas sentimos mucho que nuestro viage no permita asistiarla.

Otras enfermedades muy frecuentes aquí, son las del sistema nervioso y cerebral. Es verdad que las hay también en todas las ciudades populosas del sud.

DE LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS

A proporción de que se acerca uno al Ecuador, se observa más la suceptibilidad y movilidad nerviosa, y las enfermedades que nacen de allí, como los pasmos, convulsiones, histérico; hipocondría, epilepsia o gota coral y locura.

En las Indias occidentales, estas enfermedades nerviosas, son como endémicas. Ellas son también muy frecuentes en Lima, Arequipa, Guayaquil, y comprueban esta aserción.

Se confunde muy frecuentemente el **histérico** con la **hipocondría**: a aquella, la llaman vulgarmente, histérico de los hombres, y a ésta, hipocondría de las mujeres. Extraordinaria confusión de palabra. Equivocación grosera, impropiedad en el modo de concebir los términos.

DEL HISTERICO

El histerico, es una enfermedad esencial del útero, y la hipocondría es una afección gastro-intestinal. De consiguiente son ambos muy diferentes, y no tienen entre sí, más semejanza, que tener una y otra su influjo del sistema nervioso, de donde resultan como de causa.

El histérico, es una afección distinta sui géneris, una exaltación de la sensibilidad orgánica, de la matriz. Se manifiesta en las mujeres en el tiempo de su pubertad; en cuya edad la hipocondría nunca aparece entre los hombres, y así sólo se verifica cuando ya son adultos, hablando con generalidad.

Las causas del histérico son físicas y morales: ellas son numerosas, y no las pasaré en revista sino los medios que deben observarlas y distinguirlas, para hacer una aplicación justa de la terapéutica. No se han de engañar atribuyendo mucho a la exaltación del sistema uterino, y de la imaginación. Como todas las afecciones nerviosas, ésta presenta en su curso muchas anomalías, y variedades en sus causas y desenvolvimiento.

El cerebro queda constantemente sano entre los histéricos, cuando su enfermedad no tiene complicación.

La curación formal suele acertar muy bien en el histérico. Lo que importa también, es no confundir el histérico con la **epilepsia**, la **ninfomanía** y la **erotomanía** más frecuentes que las primeras en estos países. La curación moral de las dos últimas enfermedades, no hace ningún efecto. Ellas piden una medicina activa, las sangrías dichas derivativas, las bebidas refrigerantes, el uso de las lacsativos, los baños un poco tibios o fríos, la aplicación de la camisa de fuerza, y una vigilancia casi continua.

El histérico no termina casi nunca, de un modo funesto.

La curación del histérico consiste en los medios morales, las leyes de la higiene, y los medicamentos.

La elección de esos medios curativos, varía según las circunstancias, la edad, el temperamento, la constitución, la idiosincrasie, el estado conyugal, el estado de viudedad, o de nubilidad; la aparición de la regla, sus anomalías, etc. Todas estas circunstancias modifican la elección de los medios curativos, y sus aplicaciones individuales.

DE LA HIPOCONDRIA

La hipocondría es una **nervosa gastro-intestinal**, y esta enfermedad es de todo tiempo, de todos países, de todas estaciones, de todas temperaturas, y común a ambos sexos; pero no afecta indistintamente a toda edad y a todas las clases de la sociedad. Su frecuencia, como hemos dicho, es en razón directa del entendimiento humano, y de los progresos de las luces. Todos los hombres grandes de todos los tiempos han sido melancólicos, e hipocóndricos, menos **Alejandro de Macedonia**, **Luis XIV**, **Napoleón**, y otros pocos.

La hipocondría es una afección eminentemente nerviosa, y principalmente del sistema digestivo. Los síntomas esenciales son muy numerosos. Los más a me-

nudo, turbación y lentitud de digestión sin calentura, y sin indicio de una lesión local; flatos, borborygmos, exaltación de la sensibilidad general, pasmos frecuentes, palpitaicones, ilusión de los sentidos, y principalmente de la vista y del oído, sucesión rápida de fenómeno morbíficos, semejante a la mayor parte de las enfermedades nerviosas, estado real, pero variable de padecimientos diversos, de donde nacen temores pánicos, inquietudes exageradas, etc.

La hipocondría se declara muy raramente antes de la edad de veinte años, y después de la de sesenta. La más grande frecuencia de esta nervosa, parece ser en la edad adulta: es pues en la que ordinariamente aparece, en este tiempo en que se manifiestan las pasiones voraces y violentas, y en que la ambición tiraniza con tanto imperio. Ella ataca más a los hombres que a las mugeres, pero no quedan exentas, principalmente a la edad crítica.

El temperamento nervioso, influye mucho, sobre su producción, como también el predominio del sistema hepático; así el carácter nacional, la forma de gobierno, etc.

El progreso de la enfermedad, varía singularmente, y difiere según cada individuo, y en la misma persona, y a las diferentes épocas de la del año, de un mes, de un día, y aún de un instante a otro.

La acción repetida de la copulación empeora el estado de hipocondría. Hay una cosa notable, y es, que los hipocondriacos no están expuestos a las enfermedades epidémicas y contagiosas.

La curación de la hipocondría no se hace sino de un modo muy lento y progresivo, como ella nace.

La curación de la hipocondría consiste en la aplicación del régimen físico, o alimentario e higiénico, en la dirección dada a las afecciones del alma, y a las facultades intelectuales, y en la elección conveniente de los medicamentos.

Los sucesos obtenidos por medios diamestralmente opuestos, demuestran bastante la ventaja de mudar de curación, según las causas infinitas de esta enfermedad: a las causas mentales oponer medios morales: los

calmantes a las tenciones de espíritu prolongadas; frecuentes paseos, andar a caballo, etc. A falta de una sangría acostumbrada, o a la supresión de una hemorragia de almoranes, la sangría, la aplicación de sanguijuelas. Variar la curación, según la causa de la nervosa. Por el temperamento del clima, la naturaleza peculiar del aire, las estaciones, la posición de los lugares donde se encuentra una etc. se puede modificar la curación. El temperamento o la constitución del enfermo, su idiosincrosis grados de fuerza a estas disposiciones accidentales etc. hacen también variar la curación.

Del mismo modo que los países calientes son favorables a los pechos débiles, lo mismo las temperaturas opuestas obran favorablemente sobre los individuos que tienen un estómago débil y lánguido. El verano, el estío, el otoño en las regiones templadas, convidan al ejercicio, a los viajes, aleja el aislamiento y la ociosidad: impiden volver en sí, continuamente porporcionan motivos poderosos de distracciones. Los ingleses que padecen de enfermedades de nervios, se curan solamente con dejar su cielo nebuloso, y buscar otro mejor favorecido. La risueña Italia, y el sur de la Francia son su imán y su alivio. Llevan sensaciones nuevas, distraen la atención de los enfermos tocante a las ideas de pesadumbre, y los hace salir del círculo de los pensamientos relativos.

La utilidad de un régimen bueno, es sobre todo importante, y cura más que los medicamentos. Un régimen nutritivo, variado, suave y humectante; los tónicos y poco excitantes, son los primeros medicamentos indicados en la hipocondría, según la causa del mal: los amargos, el chocolate, el caucho, los extractos de rui-barbo, de quina, de geniebra, conviènen, como también los vinos amargos. En otras ocasiones, las aguas ferruginosas, y gaseosas, y observar si no existe una exaltación de la sensibilidad demasiado fuerte que los rehace, é indica al contrario, los calmantes, la diascordiam, el láudano, el opio, las aguas destiladas aromáticas, los jaraves, etc. fortificando y calmando el exceso de la sensibilidad, o los dolores, apreciar, las circunstancias que pueden contramandar su uso, como sería un embarazo

de las primeras vías, o una superabundancia de sangre, una irritación local latente.

El alcanfor, el eter, el licor de Hotman, los polvos temperantes de Stahl, los de Cariñan, el extracto de valeriana, los óxidos de zinc, de Bismut, etc., el asafrán que tienen tanta acción especial sobre el útero. En otros casos, los absorbentes, como la magnesia, los polvos de ojos de camarón, de cloportes, de esponja calcinada, de marfil, se unen con los tónicos, con el ruibarbo, la quina: ellos absorben las mucosidades gástricas y provocan con las evacuaciones intestinales, unidos con los amargos: ellos fortifican los órganos digestivos. Los sucos de las plantas amargas convienen cuando hay embarazo del hígado, las sales neutrales hacen curativos esos sucos.

Los disolventes, el suero, el agua de lechuga, de pollos, eran indicados cuando los enfermos eran flacos, irritables, dispuestos a cólicos hepáticos, nefiaréticos con empacho del vientre, sed, aún ligera, sequedad del cutis.

Los purgativos y laxativos de que abusa tanto una rutina vulgar, las aguas ferruginosas, acidulas, termales son excitantes cuando se toman por la mañana en ayunas, o comiendo con un poco de vino fortifican los órganos digestivo.

Las duchas de **Saltz, Sedliz**, son justamente célebres, y eminentemente útiles, en un gran número de circunstancias.

Los vegigatorios son también demasiado dejados, y sin embargo tan útiles para los nerviosos. Esos tópicos son excelentes revulsivos, y muy propios para disipar las irritaciones locales, tan frecuentes en la hipocondría.

Los sinapismos obrarán en el mismo sentido, y con una intensidad menor. El emplasto de theriaca, el éter, y el alcali, con los linimentos aromáticos etc., pues, suavizando localmente, se acierta algunas veces tan bien, como estableciendo unas excitaciones más o menos lejanas. Los baños tibios, las bebidas disolventes, cuando hay sequedad de la fibra, y flaqueza.

DE LA EPILEPSIA O GOTA CORAL

La epilepsia o gota-coral, es un género de espasmo, enfermedad nerviosa, que consiste en la abolición súbita de las funciones de los sentidos y del entendimiento, acompañada de convulsiones.

La epilepsia se manifiesta ordinariamente por un grito: cae el enfermo, vienen las convulsiones, pero con infinitas matices, entre el más leve movimiento convulsivo, y las convulsiones más violentas y espantosas.

Ningún epiléptico conserva la memoria de su estado, ninguno tiene el sentido de ello, todos después de la crisis quedan tristes, avergonzados, y muy susceptibles.

Un gran número de epilépticos, experimentan antes de la privación, unas sensaciones peculiares precursoras del acceso.

La duración de esos accesos, es muy variable, pues algunas veces es de algunos segundos, otras veces de algunas horas, siendo la duración mediana de 25 minutos. La frecuencia de los accesos no es determinada, vuelven todos los años, y otras veces cada día: a veces los accesos tienen su tiempo fijo: devueltas las fases de la luna, no tienen la influencia que generalmente se piensa.

Un sólo acceso basta para volver loco o demente, principalmente a los niños.

La señora C. P. de Guayaquil, nos sirve de ejemplo: a la edad de tres años, el incendio de la ciudad, la atemorizó tanto, que fué acometida de epilepsia, y enloqueció.

Los epilépticos caen siempre en la demencia incurable.

La epilepsia no es solamente una enfermedad temida por la violencia de sus síntomas; pero también por sus funestos efectos. Estos son físicos y morales.

Las funciones de la vida orgánica se alteran, están lánguidas, lo que depende quizá también de los excesos a que ellos se entregan, estando inclinados al amor, y aún lúbricos.

Generalmente los epilépticos no llegan a una senectud avanzada: las funciones cerebrales, las facultades intelectuales se degradan poco a poco.

Los síntomas de la epilepsia son también comunes a la de la **asfixia**, y a la **apoplejía**: la espuma en la boca se hace ver a veces en estas dos últimas enfermedades.

Lo mismo que la emisión involuntaria de orinar, de semen, no es exclusiva a la epilepsia, las fuertes contracciones del pulso, su delución tampoco no son constantes.

La concomitancia de las convulsiones en la privación, esa coincidencia, es el carácter propio de la epilepsia.

La epilepsia se diferencia de la apoplejía en que la respiración es estercorosa, el pulso se altera poco, hay poca o ninguna convulsión.

El eclesiástico V. . . . tenía esta doble enfermedad: su situación era horrorosa: unos socorros bien administrados y a tiempo, han conjurado y prevenido una muerte inevitable, si el enfermo hubiera sido abandonado. Unas sangrías locales y generales, vegigatorios, sinapismos repetidos, lavativas irritantes, emético, etc., han conjurado la borrasca, y el enfermo se ha restablecido completamente. El debe esto también a sus jóvenes parientes, cuya solicitud merece elogios, en otra parte y no en Guayaquil, en donde el amor filial es tan frecuente que parece una cosa común.

También se ha tomado el histérico por epilepsia y recíprocamente, sin embargo de que el histérico no se manifiesta sino en la edad de pubertad, o después. El acceso no viene nunca de repente, él es precidido o acompañado del globo histérico, o de constricciones de la garganta.

En la epilepsia, las convulsiones la concentran, y son fuertes en un lado del cuerpo, o en un miembro: en el histérico, ellas son como expansivas.

Las causas de la epilepsia son innumerables; las violentas conmociones morales, las pasiones fuertes, principalmente el miedo, son las más frecuentes. Las mismas causas físicas y morales que han determinado

el primer acceso de epilepsia, son causa de los accidentes siguientes, y de la periodicidad de la enfermedad.

El aparato digestivo está a menudo con la epilepsia. El hígado, la bilis se señalaron como causa de la epilepsia; pero su primer sitio está en el cerebro.

La epilepsia es una enfermedad larga y peligrosa, raramente funesta en los primeros accesos, hereditaria, y se cura difícilmente.

De la epilepsia hereditaria se sana difícilmente, y de la simpática es más fácil sanar, que de la epilepsia esencial; aunque ella no es incurable.

Los que se vuelven epilépticos a la edad de tres a cuatro años hasta la de diez, sanan siendo curados a tiempo.

El matrimonio no sana las epilepsias genitales

La epilepsia complicada con la enagenación mental, no sana nunca.

No se debe esperar que la epilepsia se cure, con tal o tal específico. La curación debe ser muy racional, y fundada sobre la causa primitiva de la enfermedad, sino impedir al enfermo que le hiera, y alejar las causas accidentales que han podido provocarla.

La curación debe ser dirigida según el sitio de la enfermedad, en los órganos digestivos, o en el sistema de la sangre, o pletoris cerebral, según la diferencia del clima y del régimen alimentario.

La higiene ayuda a la curación de la epilepsia. El mercurio, alternado con los purgativos, ha tenido buen efecto, en el caso de la sífilis.

La epilepsia idiopática es la más difícil de curarse. El alcanfor, el asafétida convienen en la epilepsia nerviosa complicada de histeria. El fierro es preferible a la quina.

En Inglaterra, se ha hecho uso de una mezcla de gas oxígeno, con el aire atmosférico, los sucesos han sido variables. El uso del galbanismo, de la electricidad son también útiles.

Los medicamentos seguros para combatir la epilepsia son muy poco numerosos.

Es cosa degradante el repetir lo que la ignorancia ha acreditado de ser remedio, las especies tomadas en

ayunas, como el pie de danta, el placenta, la valuridad eranco, el hígado de zorro o de rana, y otras substancias más o menos asquerosas o ridículas.

Los socorros higiénicos en la epilepsia, idiopática, serán de una aplicación más útil.

Una preocupación necesaria para prevenir las recaídas consecuencia de la epilepsia, es investigar las acciones, y la conducta de los epilépticos. Si la vista de un acceso epiléptico basta para volver epiléptica a una persona sana, no se deben exponer a ella con indiferencia las personas, y principalmente los niños.

DE LA LOCURA

La locura, afección del cerebro, caracterizada por una o muchas series de desórdenes cerebrales o nerviosas muy importantes, como la lesión de sensibilidad, de contractibilidad, cefalalgia, insomnio, delirio, conjección e inflamación de algunos puntos del órgano encefálico, etc.

La turbación de las otras funciones, no son ni constantes ni graves: esta no es por otra parte la misma que aquella que acompaña todas las lesiones de un órgano de alguna importancia.

Las causas obran directamente sobre las funciones del cerebro. Aquellas consideradas como simpáticas, fisiológicas o patológicas, no son más que los efectos, consecuencias de la acción del resultado de la primera. Algunas otras no deben ser consideradas sino como predisposiciones de las complicaciones o de los accidentes simplemente concomitantes.

La terminación natural de la locura cuando no sana, y el insano no muere demasiado breve con alguna enfermedad accidental, degenera en enervamiento en una atonia del cerebro, que se manifiesta por una abolición más o menos completa de la inteligencia en un estado de parálisis, primeramente parcial y después general, más de la mitad de los locos incurables se vuelven paralíticos: los que se acercan al término fatal dejan de ser furiosos, y en breve no dicen ni una palabra.

El conocimiento de la naturaleza, del sitio de una enfermedad, del modo de acción de sus causas, es de una importancia grande para la curación. Si ella es idiopática, merece fijar toda la atención en el órgano de donde vienen los desórdenes: la calma renace en todas partes. Pero si ella es simpática, es menester dirigirse particularmente a sus causas, a la afección lejana que la ha producido, y la entretiene: de otro modo no se hace más que paliar o hacer desaparecer por algún tiempo unos efectos que no dejarían de reproducirse. La curación de la locura debe pues estar especialmente fundada sobre el estado del cerebro. La turbación de los otros órganos, que sirven por otra parte como señal diagnóstica, pronóstico de este estado, desaparece de sí misma.

La locura como las otras enfermedades, tiene sus síntomas propios, distintivos e inmediatamente a la alteración de las funciones del órgano encefálico, y tiene también sus síntomas comunes a otras afecciones, cuya aparición sigue casi todo desorden en un órgano de importancia: esos no son más que consecuencias de los primeros, aparecen y cesan con ellos. Entre tanto que se ha considerado esta enfermedad como una lesión del alma, o que las facultades intelectuales podían manifestarse, sin el concurso del cerebro, se trataba solamente del delirio, sin ocuparse de los desórdenes que le siguen.

Se tomaba este síntoma por la locura misma, no se veía sino la parte psicológica. La falta de ideas positivas sobre el sitio de la locura, hace que sea muy difícil el estudiar sus fenómenos. Es preciso observar mucho tiempo, y en el algún modo vivir con los enfermos, para así, apreciar los fenómenos que ellos son incapaces de proporcionar sobre su estado.

El cerebro es el sitio inmediato de la locura: el solo hace que se presenten los síntomas que la caracterizan. Todos los locos presentan desorden en el ejercicio de la inteligencia: ellos han tenido delirio o falta de sueño, o dolores de cabeza: varias otras sensaciones desagradables de calor, de tensión de pesadez en esta parte; las lesiones de la sensibilidad, de la contractibilidad muscu-

laria, el cutis del cráneo de las funciones presenta unas variaciones importantes en el calor, temperamento, etc.

Menos que como psicologista, ideologista, moralista, se deben mirar las lesiones del entendimiento en los locos, que bajo el aspecto que los caracteres que esas lesiones pueden proporcionar, a fin de reconocer y distinguir la locura, y del modo de dirigir la curación moral.

Una nulidad de acción más o menos absoluta del órgano intelectual, caracteriza el idiotismo, y la demencia, o la incapacidad de atención, de memoria, de juicio, etc.

La manía, monomanía, y estupidez, son otra especie de locura: en uno y otro caso, la inteligencia no está tan destruída, alterada, obliterada como piensa el vulgo: no está pues sino falseada, exaltada o debilitada, mas no abolida. Los sentidos son extraviados, las sensaciones falseadas: ellos se engañan sobre las cualidades y atribuciones de las cosas: y la alucinación misma, no es sino un vicio de la percepción: los enfermos creen oír voces que les hablan, y con las cuales conversan: algunas veces ellos se imaginan ver los seres que les rodean; se entretienen con ellos, dan órdenes, mandan, acciones o fantasmas que les asustan.

Las inclinaciones naturales, las sensaciones o las facultades afectivas, presentan casi constantemente desórdenes, frecuentemente desde el principio de la enfermedad, y vienen a ser principio de la alienación. Las pasiones llegan a ser más imperiosas, por lo que no son contenidas con ningunas ideas de convenio, y de pudor. Muchos de ellos no pueden comparar los objetos, y hacer juicio sobre sus cualidades respectivas. Sus ideas son incoherentes, difusas, y frecuentemente sin ninguna relación con las sensaciones presentes.

Uno se equivocaría, sería engañarse, pensar que todos los insensatos están en este caso: al contrario, el mayor número, todos los monomaniacos pueden no solamente juzgar, más también raciocinar, es decir, exponer, seguir un cierto número de ideas concordantes sobre el mismo sujeto: solamente sucede que el principio, la base de sus razonamientos son falsos, suponiendo que lo que ellos imaginan es verdad. Las consecuencias de

deducir serán justas. Así un loco, que cree ser rey, manda a sus vasallos como si realmente estuviera revestido del poder supremo: el beato ruega por su conversión, o por la de otros: el alucinado disputa con los seres imaginarios, con las voces que él cree oír o ver: otro cree que todos son sus enemigos, sus perseguidores; los injuria, y los llena de dicterios.

Las ideas más incoherentes pueden reproducirse y presentarse bajo formas extramadadamente diversas.

Los idiotas y los imbéciles tienen siempre el órgano intelectual mal conformado. Ellos no viven más que 30 o 40 años, y suelen morir antes: muchos idiotas son epilépticos.

La estupidez no es una afección crónica como el idiotismo y la demencia: ella depende al contrario de una acción aguda del cerebro, como la manía y la monomanía.

Se ha dicho sin razón que la mayor parte de las mujeres insensatas eran histéricas, pues se ha confundido esa enfermedad con la ninfomanía o furor uterino.

El histérico, hablando con propiedad, es rarísimo entre los enajenados: la ninfomanía es mucho más común.

La parálisis se presenta algunas veces desde el principio de la locura, y eso sucede más frecuente a las mujeres de 40 ó 45 años: es un síntoma desagradable enagenada que anuncia la incurabilidad.

La fisonomía de los alienados varía según las pasiones, las diversas ideas que les ocupan, o agitan, según el carácter del delirio, la época de la enfermedad, etc.

Las enagenadas no abortan más que las otras mujeres, y conciben lo mismo: paren con la misma facilidad y a tiempo.

La suspensión de la regla es un efecto, un síntoma casi constante de la enfermedad mental.

Las causas de la locura son físicas y morales.

Entre las causas predisponentes, la herencia es más frecuente entre los ricos que entre los pobres, lo que depende de algunas conveniencias de ran-

go y bienes, y alianzas entre parientes, ya acometidos de esta enfermedad.

Los judíos también son de esta clase, acostumbrados por su religión a unirse entre ellos, ofrecen el mismo ejemplo.

La locura, como las demás enfermedades, ofrece a la observación desde la acción de la causa que le ha producido, hasta su terminación, varios aspectos o períodos que deciden su curso. Viene lo mismo que sus prodromos, su tiempo de incubación, su época de invasión, un estado de excitación, o el **sumum** de intensidad; por fin sus períodos de decrecimiento y de convalecencia. Ella puede ser continua, remitente, intermitente, etc.

La aparición de los síntomas esenciales de la locura, sucede de dos modos: ora la sacudida moral ha sido bastante poderosa para turbar, las ideas de repente, ora, y eso es lo más frecuente, las causas obran lentamente, necesitan repetir varias veces su acción: el delirio, la turbación del juicio, ya existe cuando todavía no se piensa en ello.

La locura no se termina por crisis; el restablecimiento gradual de las funciones ofendidas caracteriza esta cura.

Las señales que anuncian la cura perfecta de la locura no son siempre bastante positivas para que se pueda pronunciar sin tener yerros.

La locura no se cura, siempre acaba en demencia, si el enfermo vive bastante.

La curación de la locura no es por cierto la parte menos difícil. Se han administrado muchos remedios contra esta enfermedad antes de conocerla bien, como si fuese posible combatir unos efectos, cuya naturaleza y causa se ignora: de allí este ciego empirismo, esta multitud de supuestos medios específicos a menudo, inútiles o peligrosos: tales son esos baños de sorpresa, máquinas de rotación, esas sangrías hasta no poder más, esos purgativos a toda fuerza, un arsenal terapéutico espantoso. Otro método consistía en hacer nada, entonces, si no se hacía nada para ayudar a la naturaleza, a lo menos no se la estorbaba.

Hoy día la medicina más adelantada piensa que el primer órgano de la economía, merece cuando está entermo, tanto y más cuidado que los que son menos importantes.

Unos conocimientos menos vagos sobre el sitio de la locura, sobre la naturaleza, el acrecentamiento, el curso, y la terminación de sus fenómenos, hacen que se pueda establecer la curación de esa enfermedad, sobre unos principios reconocidos por la razón.

En la curación medicinal de la locura, lo que se ha de alejar y combatir, son las causas fisiológicas directas: esta enfermedad no reconoce otras, sino muy pocas.

Los medios medicinales son externos e internos: esténicos, o asténicos: directos, o indirectos: físicos, o morales.

Todos nuestros órganos no son susceptibles de recibir la acción inmediata de esos medios curativos, pero todos son susceptibles de ser alcanzados de un modo indirecto.

Los medicamentos son relativos al período de la enfermedad, a la incubación, invasión, y período de excitación. Es raro que el médico sea llamado a los dos primeros períodos, sino solamente al período de la excitación nerviosa, y entonces los medios que deben emplearse en este período, son los refrescantes, emolientes y calmantes: evitar la acción del sol, y un aire caliente, pasearse en unos aposentos al norte en verano, o en portales bajo sombra, evitar la demasiada luz.

El melancólico y el enagenado estúpido, deben al contrario estar lo más posible afuera de sus habitaciones.

Los cabellos estarán bastante cortados para que no ofrezcan ningún inconveniente de calor, suciedad, y para facilitar la aplicación de los remedios sobre la cabeza.

En este período los enfermos suelen tener mucha sed: deben ser satisfechos con bebidas refrescativas y acidulas.

Las frutas húmedas y ácidas, convienen también: el vino, las cervezas fuertes, el café, los licores no deben entrar en el régimen de este período.

Los baños tibios, repetidos y largos, según la fuerza, la edad, la clase de temperamento, o la conformación del pecho.

Remediar a la constipación con lavativas.

Con esos medios simples, suaves, y otros análogos, se debe tratar el período de la excitación de la locura, en cuanto ella anda regularmente, y sin ofrecer indicaciones especiales.

La locura presenta a menudo señales positivas para excluir los medios perturbadores, y solamente presentar unos muy dudosos para admitirlos a veces; sin embargo, en esta enfermedad se ha usado de ellos con obstinación contra todos principios, todas reglas de patología y de terapéutica.

¿Cuál órgano más que el cerebro merece consideración? Qué sacudidas, que bamboleos no debe experimentar por la aplicación de fuego por caídas.

La sangría es uno de los medios de que se ha abusado más: nociones falsas sobre las propiedades de la sangre, y sobre el papel que él representa en las acciones orgánicas, han conducido a resultados deplorables. No tiene otro uso sino el de vehículo a los elementos nutritivos y secretorios. Nunca es el principio de una acción orgánica: puede bien entrar por algo en la producción de un fenómeno, pero solamente de un modo secundario, y casi como los alimentos sirven a la digestión.

No quiero concluir de esto que no sea nunca provechoso sangrar, una vez que la sangre ha llegado en cantidad demasiado grande en una parte, pues puede venir un nuevo irritante, y necesitar su disminución; aunque es menester solamente distinguir el caso de donde debe extraerse, si localmente, o generalmente, o del caso en que se debe buscar, o darle otra dirección de donde está traído.

El poco suceso en general de las evacuaciones sanguinosas, en la mayor parte de las enfermedades nerviosas, hacen excluir la sangría general en los períodos de excitación de la locura: la sangría local debe ser preferida, porque con ella se llega más pronto al objeto que se mira. Para obtener el mismo efecto por el otro medio,

se necesitaría debilitar mucho las fuerzas, y hacer tributarios a todos los órganos.

Los locos no duermen: así es menester facilitarles el sueño; pero no con narcóticos se les proporciona ésto: tampoco irritando de nuevo un órgano ya demasiado irritado, porque esto sería querer dar al apetito: a un enfermo acometido de gastritis aguda con el vino de asiento o de la genciana.

Frecuentemente, al principio de la locura, sobrevienen síntomas gástricos, falta de gana de comer, la lengua mucosa; la boca áspera y seca, sed, dolor epigástrico. Lo que hace que algunos médicos crean reconocer estas señales por causa del delirio, y traten de curar al instante con vómitos. La consecuencia carece de justicia, un régimen refrigerante es preferible, y se debe despreciar el uso del medio perturbador.

Los purgantes no convienen tampoco, lo mismo que los vomitorios en la curación del período de excitación de la locura. Los unos y los otros no serán usados, sino como revulsivos o dexivativos, en otras circunstancias que raramente indicará el estado del canal alimentario.

La supresión de la menstruación en general, no es sino un efecto de la locura, y no la causa; y para prueba es, que a la disminución de la irritación cerebral llega luego la orden de la menstruación.

Los excitantes de fuera, tales son los vegigatorios, movas, setones, cauterios, sinapismos, etc, no convienen tampoco en este primer período, como tampoco los medios precitados: para uno u otro período, serán de una utilidad grande.

Los baños fríos, la aplicación de alguna materia fría sobre la cabeza, derramada sobre ella, no deben tampoco usarse en este período de excitación.

Los baños de sorpresa y la máquina giratoria deben ser igualmente proscriptas, como también la asfixia para sumerción o ahorcadura, caída de alguna excesiva elevación, trepano, castración, etc.

En los períodos siguientes, añadir a la aplicación de la higiene del **circumfasa, applicata, ingesta gesta, escreta, percepta, et animi pathams**. La curación general

directa o moral e intelectual, atenúa, destruye las causas que han provocado el desenvolvimiento del delirio, y lo entretiene.

Separar los enfermos locos de los objetos o de las personas que pueden por error de los sentidos traer motivos de delirio, es ponerlos en una situación o posición de no cometer ningún acto perjudicial, y de rectificar las falsas sensaciones, los errores de los sentidos, de donde nacen las alucinaciones, y una multitud de ideas, y de acciones singulares.

Así la primera condición indispensable para la curación de estos períodos, es el aislamiento o separación de los locos de los objetos que les circundan, separarlos de sus parientes o amigos.

Hay tres modos de aislar y separar los locos; o haciéndolos viajar, o poniéndolos en una casa particular, preparada a este fin, y por un sólo individuo; o bien, en un establecimiento público o particular, destinado a recibir un cierto número de estos enfermos. En estos establecimientos consagrados especialmente a recibir los locos, se cura la locura en Europa. En otros muchos países, los locos están abandonados a sí mismos, o en un rincón malo de un hospital.

Estos establecimientos destinados a este objeto, ofrecen el grande provecho de ser construídos, y disponen un estado más favorable para este fin, de aislar y contener los furiosos, y de recibir los convalecientes y servidores educados, como los loqueros destinados a este cuidado: substraer al enfermo de todo influjo extraño, y presentar todos los medios de curación, de distracción y de represión convenientes. Cuartos de baños, y baños preservativos de la cabeza, usando de conductos para lograr que el baño se haga por derramamiento y no por inmersión; jardines espaciosos, taller para trabajar, arreglo y gerarquía en las relaciones con las personas de esta clase.

Los medios de contener los furiosos, están todos sancionados y aprobados por la razón y la humanidad, sin cargar de cadenas a los desgraciados, ni dejarlos podrir en los calabozos infectos, modo de curar que está muy lejos de calmar la agitación y así no hace sino au-

mentarla: no se sirve de la contracción y violencia, sino en tanto es necesaria para prevenir los accidentes que podrían resultar de una libertad de acción demasiado grande. El **chaleco de fuerza**, especie de armilla con mangas, en tela fuertísima, atar, enlazar por detrás, y cuyas mangas muy largas pueden dar vuelta a todo el cuerpo, fijar los brazos permitiendo al enfermo que se pasee. El **tranquilizador de Ruisch**, silla guarnecida de correa propia, para fijar los miembros y la cabeza misma. Cercar, abrazar, cubrir la cabeza de un furioso con una sobremesa o sábana, es sorprenderlo e impedirle que se defienda y golpee a otro: así ordinariamente cede, y no se resiste más: Tales son los medios que se usan con buen éxito, se abstienen de recurrir a los castigos bárbaros, como golpear al enfermo, etc.

Los hombres para recibir sus cuidados se someten más bien a las mugeres, y las mugeres a los hombres.

Hasta ahora, y con todas estas medidas, no se ha buscado sino operar sobre la inteligencia de los locos indirecta y exteriormente, o por fuera, y solamente por los sentidos. Es tiempo de obrar sobre las facultades intelectuales, y volver a ellas con una educación nueva, este enredamiento, y estas irregularidades, esta inclinación o afecto que le desagrada. No es una tarea fácil de cumplir como la del médico del alma; necesita un conocimiento profundo de todos los dobleces del corazón humano, tan indispensable, como aquella de la fisiología en general, y de la patología. Es menester tener un gran hábito de ver a los enfermos, para tomar los motivos de sus acciones, el tiempo, el instante, y todo lo que rodea al medio anémico y al loco, debe suplir en su ausencia, hacer continuamente lo que no puede hacer sino rara vez.

La educación medical del loco, no puede principiar en todos los instantes, ni tampoco en todos los períodos, ni en todas las especies de delirio. No es, sino cuando con la separación, el aislamiento, y la administración de los medios racionales, se ha disminuido la irritación general y cerebral, es cuando entonces las ideas han perdido su fijeza, de su tenacidad, y que el cerebro llega a ser capaz de recibir y de apreciar las impresiones nuevas

que se pueden esperar y sacar con suceso. En vano sería querer enderezar a los locos en el período de excitación; o en un estado continuo de furor, ellos serían insensibles. Los monomaniacos, los locos estúpidos deben pasar por los diferentes grados de delirio, para llegar al punto de recobrar el ejercicio de sus funciones. Un precepto de terapéutica general, es de no ejercitar una parte enferma y demasiado excitada. Así no se debe jamás atacar de frente y abiertamente las ideas, las afecciones, y las inclinaciones exaltadas de los locos. Ellos no se creen enfermos, y el día en que se les puede persuadir que ellos lo están, sería en el que se acercaría su curación. Piensan siempre que sus discursos y acciones están llenos de sentido y razón.

No se debe jamás ejercitar el espíritu de los locos según el sentido de su delirio, ni de sus inclinaciones exaltadas. Hacer nacer con impresiones nuevas, y diversas ideas, afecciones, conmociones morales: despertar en algún modo afecciones inactivas, dirigir el espíritu del enfermo sobre nuevos objetos, y hacer olvidar las ideas irregulares. Se producen estos efectos diferentes con diversos medios: al médico le toca hacer la aplicación. No podemos aquí sino presentar miradas generales; e indicar los principios que se deben seguir, sin entrar en las circunstancias individuales tan variadas. Citaremos al efecto las consultas medicales siguientes, y ellas servirán de aplicación práctica a la teoría que venimos a exponer.

Un Médico de Lima, cuya profunda instrucción y modestia, lo pone a una distancia tan notable, fué en su pasaje en Guayaquil llamado por la joven enferma, pidió una junta con el autor de la consulta siguiente, motivó sobre ella su juicio, en términos demasiado lisonjeros para repetirlos.—Un pariente de la enferma, el autor del célebre Poema de Junín, lo acompañó, y los dos fueron la admiración del resultado satisfactorio de la curación.

CONSULTA MEDICA PARA LA SEÑORITA C. . . P. . .

Después de haber tomado todas las noticias que pueden ilustrar su juicio, sobre las causas, lugar, naturaleza, asistencia de la enfermedad de la dicha Seño-

ra C. P. de edad de diez y seis años, de corta estatura, facción y forma graciosa, y de carácter sanguíneo.

Después de haber seguido y observado la enfermedad, el médico Don Abel Victorino Brandin, que se suscribe, es de opinión:

1º—Relativamente a las causas de la enfermedad, que desde su más tierna infancia, la enferma parece que fue dotada de una extrema susceptibilidad nerviosa, de convulsiones frecuentes, que tenían alguna relación con la epilepsia.

2º—Que con la edad, las convulsiones, los ataques nerviosos, han aumentado, así como la actividad cerebral, y la perturbación de la razón.

3º—La manifestación de la menstruación, no mejoró su estado intelectual: al contrario, llegó a ser más violento y precipitado.

4º—Que últimamente, en una conmoción moral que experimentó há cerca de dos años, sintió una exasperación casi homicida, un aumento de desorden mental, fué entonces bien manifiesto.

De todos estos hechos, el médico que suscribe concluye:

1º—Que la enferma tenía una prediposición natural a las enfermedades nerviosas, en las cuales se encuentra comprendida la perturbación del juicio.

2º—Que existiendo en la organización misma la causa eficiente, próxima de la enfermedad, y que aún puede ser también en una primera educación, con demasiada molicie y debilidad.

3º—Que la costumbre de ceder ciegamente a los caprichos y despropósitos de la enferma, no hace más que aumentar la locura, y el estado mórbico que existe hace mucho tiempo.

Relativamente al sitio de la enfermedad.

El médico que abajo firma, observa: Primero, que la enferma tenía una predisposición a la perturbación mental por su constitución eminentemente nerviosa. Segundo: que las causas han influido particularmente sobre el cerebro, y el sistema nervioso.

Tercero: que la perturbación mental ha precedido a la menstruación.

Cuarto: que la respiración es regular, la circulación activa, la digestión algo difícil, que no existe ningún indicio de afección torácica, ni abdominal; y considerada la locura como esencialmente cerebral, y no como sintomática del útero, o de ningún otro órgano.

La desaparición de las señales que indican, lo que se llama comunmente lesión orgánica del cerebro, una inflamación, o una congestión de este órgano, o de sus tegumento, hace pensar que la enfermedad es del género de aquellas que se consideran como nerviosas.

Por lo que respecta a las consecuencias y fin de la enfermedad, el infrascrito médico no podía menos de decir que la doble predisposición congénita y constitucional, el origen de la enfermedad tan lejana, la ausencia de la memoria, la irregularidad del apetito, el vicio de la pronunciación, la progresión del desorden en la inteligencia, y el estado de indiferencia que sucede al estado de extrema agitación.

El sueño profundo y prolongado, la reincidencia de las convulsiones epilépticas, son otras tantas circunstancias que dan lugar a creer que la perturbación mental se convierta en una enfermedad crónica e incurable de demencia.

Las únicas señales un poco favorables, y que podrían dar un rayo de esperanza, son:

1º—Que la enfermedad no es hereditaria.

2º—Que se han obtenido algunos sucesos favorables cambiando de lugar, de habitación, y de personas y por una asistencia cuidadosa en su curación, bien pensada y auxiliada.

Lo que mejor se sostiene, y que parece no haber sido aún interrumpido, son los intervalos de juicio que manifiesta el conocimiento de que conservó la enferma; es una razón, para no descuidar ningún medio propio para precaver el acrecentamiento de una situación tan triste, y mejorarlo al menos, si no es posible la curación.

El médico que suscribe propone en consecuencia.

1º—Privar a la enferma de la vista de las personas que conoce, y entregarla en manos de aquellas que lo sean del todo desconocidas.

2º—Habitar un lugar salobre, ventilado, tranquilo, lejos del ruido y del tumulto de las gentes, y la temperatura más fresca.

3º—Aplicar veinte y cuatro sanguijuelas en las regiones temporales, una o dos veces al mes.

4º—Derramar agua en todo el cutis, colocando la enferma en un baño, y derramando agua fría sobre la cabeza, haciéndola descender como una columna desde cierta altura en derramamiento por espacio de un cuarto de hora, poco más o menos.

5º—Mantener el vientre libre, remediar la constipación con calomelas, o bebidas y frutas lacsantes, respecto a que la enferma no puede soportar las lavativas.

6º—Alejar todo cuanto pueda contrariar o turbar la menstruación.

7º—Ensayar cortos y solitarios paseos.

8º—Reglar el régimen alimentario, según los conocimientos adquiridos de la influencia de las diferentes especies de alimentos y bebidas.

9º—Ocupar a la enferma, evitar el ocio, la costura, o cualquiera otra obra de manos, las modas, las flores: si se la puede inclinar a la música, a tocar la guitarra.

Evitar la lectura y preocupaciones intelectuales, procedimiento juicioso y moral: evitar las chanzas o burlas, las relaciones con las demás personas, y sobre todo con los muchachos que contraerán estas afecciones nerviosas por simpatía, y sin más que verla, etc.

Guayaquil, y Julio 20 de 1825.

Abel Victorino Brandin,

En circunstancias favorables a su curación, otra enferma de esta clase, la señorita D. . . . AV. . . . podía esperar alivio; pero necesitaba perseverancia. Todos los instantes, ni tampoco los períodos no son provechosos para empezar la curación de una enfermedad de esta clase, y de más de diez años de antigüedad. Sólo cuando se ha preparado la enferma con el aislamiento, sangrías locales, etc. Disminuída la tenacidad y fijeza de las ideas, las irritaciones que se pueden empezar con

esperanza de suceso. En vano sería querer enderezar a los períodos de excitación, o en su estado de furor. El buen éxito que ha seguido su viaje en Quito en algunos años en donde la que ha venido de nuevo a ser madre, está al apoyo de lo que habíamos expuesto.

No pasaremos en silencio otros tres casos de locura muy notables, y en tres señoritas cuyos nombres han venido a ser históricos o memorables. La una, la desgraciada y tan célebre señorita condesa de L. . . , heroína de este siglo, que por salvar a su marido, por arrancarlo de las garras de una muerte ignominiosa, se entregó libremente en su calabozo, tomó su vestido, y se quedó esperando la muerte, haciendo salir su esposo con los vestidos de muger. Esfuerzo, dedicación que conmovió su organización y le hizo perder el juicio, y quedarse loca (a).

(a)—Este acontecimiento recuerda la memoria, la época más memorable, y todavía mas interesante de la vida del señor general inglés, Sir Roberto Wilson, docto e intrépido militar, que tomó la parte más activa en la evasión del señor Conde de la Valeta. Y que mas magnanimidad puede presentarse a la veneración de todos los pueblos, que el de un extranjero, pronto a recoger y asistir a un proscrito, desconocido; arrancado por la piedad conyugal de las garras de la muerte ignominiosa que le tenia preparada una facción resentida, y armada del poder. Trasladado al Tribunal que debía condenar a este héroe, dice el general Wilson: Respeto a la acusación de haber acogido y sacado fuera de Francia al señor conde de La Valeta, el hecho está confesado y no me empeñaré en sostener los motivos.—Verdad es, que el señor Conde de la Valeta, que antes apenas conocía, me había inspirado el mismo interés que observaba tomar por él en todo París, en toda la Francia, y en todas las clases de la sociedad. También es verdad, que he considerado que el señor Conde de la Valeta, fué como un hombre infeliz, condenado en tiempo de revolución, por una ofensa meramente política, y acreedor a todo nuestro interés, habiéndose entregado libremente, satisfecho de su inocencia, y confiado en la fe presente de los tratados: moviendo la voz de la humanidad a favor de la vida de un desdichado, y principalmente de un desdichado extranjero, etc.

Todos los pueblos han celebrado la generosidad del bienhechor Wilson: su humanidad se señaló con otros innumerables servicios particulares.

Cualquiera infeliz, de donde quiera que sea, tiene un derecho seguro sobre su corazón.

Dichosos son los padres que dejan a sus hijos tal herencia de heroísmo y de virtud: sus nombres serán siempre honrados y venerados entre los hombres. La fortuna y sus ilusiones no puede nada contra ellos. Bastará oír el nombre de Wilson para recordar el valor y la mas tierna humanidad, y el liberalismo mas

Tan poderosas fueron las sacudidas morales, y sus acciones repetidas que la turbación del juicio ya existía, cuando todavía no se pensaba en ella. Dejando yo a París, los recursos medicales no habían todavía sanado a esta interesante víctima. Si fuere permitido penetrar los secretos de la Divina Providencia, y de aquello que pone límites entre los nacidos y los muertos, se preguntaría, por qué despues del suceso tan inesperado de esta heroica, madre, para conservar un padre a sus hijos, y a a la sociedad uno de sus ornamentos, porque diríamos, antes de su muerte, esta distinguida madre fué perdida para sus hijos; pues, perder la mas brillante de sus facultades intelectuales, el juicio, es perder mas que la vida.

La otra enferma de esta clase, la señorita D. esposa del célebre orador de este nombre, tan digno sucesor del elocuente e inmortal **Mirabeau**.

La Señorita D. era de pequeña estatura, de constitución sana, nerviosa, sanguínea, de imaginación exaltada, de mucho espíritu y locuacidad; pero a consecuencia de la muerte de su esposo, con el pesar y tristeza, mudó enteramente de modo de vivir, y se entregó a una vida austerísima. Abandonó a París, y se entregó a su hermosa quinta de Borgoña, y así permaneció privada casi de toda sociedad, la que era antes el alma de las primeras sociedades de París. Llamado cerca de la enferma para su junta médica, se suscitó oposición de opiniones. La familia me confió a la enferma, que acompañé a París.

Se hizo nueva junta médica, con los mas ilustrados y célebres de París. Los catedráticos **Pinel, Esquivol, Recamier, Bally**, y yo fuimos de dictamen que la enfermedad era idiopática, y no sintomática del útero: que por su organización, la enferma estaba predispuesta a las enfermedades nerviosas, en que está comprendida la locura: que la causa eficiente próxima de la enferme-

ilustrado: en cualquiera país que sea, recibirá siempre el acogimiento mas distinguido. Pero en Francia debe este nombre conservar sus altares, y la mayor veneración.

dad, fué el sentimiento moral de la pérdida de su esposo y que estas causas han particularmente traído su influjo sobre el cerebro y el sistema nervioso: que la aberración mental, ha presidido la supresión de la menstruación: que la locura de la señorita D. era esencialmente cerebral, y no simpática del útero, etc.

Situada en una casa particular a este fin, una curación racional, se siguió una mejoría: y si la enferma hubiera sido mas joven, se podría asegurar su perfecto restablecimiento.

La otra observación es de una compatriota y pariente de la emperatriz y reina Josefina, la señorita baronesa **Frivola Bo** , a pesar de no tener una cara la mas regular, reunía en su estatura, forma de cuerpo y espíritu, toda la vivacidad y encantamiento de las gracias: dotada de una excesiva sensibilidad, que aumentaba una educación demasiado cultivada, una voz divina, un talento de música y de bayle, podía competir a **Eterpe** y **Tepsicoris**: una memoria feliz, una aplicación a la lectura demasiado grande, había aumentado la susceptibilidad nerviosa. A la edad de diez y siete años, fué contrariada en una pasión, y perdió el juicio. La señora su madre, muger cumplida, de alma la mas noble, de espíritu y de corazón de una **Seviñe**: esta tierna madre abandonó la ciudad, se retiró al campo por cuidar a su querida hija: pasó diez años en la ansiedad de la enfermedad la mas dolorosa y aguda: entonces la vió, buscó los medios de acostumar a la enferma a mi vista, y a inspirarle la intención, o el deseo del alivio. Separé a su madre de ella, y la puse en una casa separada, dispuesta a este fin, y la enferma fué sometida a la curación siguiente: la irregularidad de la menstruación, y el estado de plethora de la enferma, rendía la sangría de pies necesaria para practicarla sin peligro. El **cheleco de fuerza** le fué aplicado, y la operación se hizo sin novedad: veinte y cuatro sanguijuelas fueron aplicadas a las temporales, y después de sobre la cabeza: la enferma bien asistida todo bien dispuesto, soportó perfectamente y con tranquilidad las diversas operaciones: cansada, fué puesta en su cama, en donde durmió cuatro horas: después se le administró un caldo: la libertad del

vientre fué preparada los días precedentes, con el colomelas: la enferma nota la ausencia de su madre, se le dice el verdadero motivo de su ausencia, y la enferma queda tranquila pidiendo alimento: le propuse yo un paseo al lado de un río para que la vista del agua la incitase a bañarse, lo que se ejecutó. Cuantos medios se preparaban a este fin concurrían admirablemente y conforme a las miras del médico: pocas personas rodeaban a la enferma, y las que se presentaban, bien avisadas para hablar poco y con mucho juicio:. La semana continuó así, la enferma preguntó de nuevo por su madre: la idea de escribirle le fué sugerida, lo que ejecutó con sorpresa de todos: y cuando su tierna madre recibió esta carta, no podía creer, pensando que su cara enferma había olvidado el escribir. Principié entonces a seguir una curación moral, dar nuevas ideas a la enferma, ocuparla, vestirla con mas cuidado, alegría, pasearla a caballo por la tarde, por la mañana bañarla, mudarla de vestido, darle alguna pequeña ocupación, asistir a las conversaciones, y tomar de nuevo, su rango en la sociedad. Esta fué obra de algunos meses: su madre volvió a su casa, y recibió por la primera vez, después de mucho tiempo, un testimonio racional del amor de su querida hija. En este estado satisfactorio se mantuvo algunos años, que continuamos, siguiendo a la enferma: una estrecha relación establecida con esta ilustre familia; nos manifiesta el buen acierto de la curación. Este suceso tan memorable, de una antigua enfermedad, no impide pensar que las curaciones de los locos, en los establecimientos especiales a esta enfermedad, no sean preferibles al aislamiento de una casa particular, alguna vez muy costosa y poco practicable.

Estas observaciones han extendido demasiado el artículo de Guayaquil y de sus enfermedades, tratado ya con una extensión que podrá parecer excesiva; acabamos con expresar el deseo que la junta de seguridad mutua contra incendios, prevee los efectos del fuego, que tantas veces ha padecido esta ciudad, y que no impedirá la utilidad de su gran comercio, y prosperidad tan lucida para su engrandecimiento, en cuanto puede permitirlo la calidad del terreno, su temperamento, y pensio-

nes a que está sujeta en el invierno, que empieza como se ha dicho en diciembre, y dura hasta abril o mayo. En esta estación parece que todos los elementos, sabandijas e insectos acuden conformes a molestar a la humana naturaleza. El calor es estremado, las aguas continúan de noche y de día, las tormentas de truenos y rayos furiosas y frecuentes, que parece que todo se conjura. Las aguas hinchadas del río y los demás que entran, aniegan todo el territorio y lo dejan casi intransitable. La continua calma que hay en el ambiente, y la innumerable cantidad de sabandijas e insectos infestan el ayre, del mismo modo que a la tierra las cucarachas, hormigas, culebras, vívoras, cien-pies y alacranes, y otros reptiles, como anónimos, nuevas pensiones que incomodan el país, y se opone a su tranquilidad y prosperidad; pero una buena policía, y los medios de la higiene disminuirán estas pensiones físicas y morales, y el destino futuro de esta ciudad se cumplirá.

●

DE QUITO, DE SU DECADENCIA, VOTO POR SU REGENERACION.—DE LA PACIBILIDAD DE SU TEMPERAMENTO

Tiene la suerte de los pueblos así como los cuerpos físicos, su indispensable variación, a la más brillante prosperidad, sucede la época de su decadencia: tal fué la suerte de Quito. Era la más floreciente y opulenta ciudad y provincia de la América meridional a causa de las riquezas que le proporcionaban los diversos ramos de su industria, producciones naturales, y comercio activo: hoy no presenta, sino un triste esqueleto de su anterior opulencia.

Quito, recostado sobre un cono llamado **Yavirac**, está directamente bajo el Ecuador por 00 latitud, y 13 minutos austral, y a 288 grados 15 minutos 44 segundos de longitud, en lo interior del territorio de la América

del sud, y distante de la costa y playa del mar, cerca de 150 millas, sobre uno de los terrenos habitados lo más elevado del globo, en la falda oriental de la cordillera de los Andes.

A la parte del noroeste, le hace espalda, el cerro o barranco de **Pichincha**: en sus verticales o falda está fabricada la ciudad, circunvalada de cerros de mediana altura: son irregulares muchas de sus calles, y forman en su longitud varias crestas, que suben o bajan del inferior de las quebradas a lo alto de las lomas, hasta donde se extiende la población.

La magnitud de Quito es como la de las ciudades de segundo orden de Europa: podría parecer mucho mayor, si estuviera en paraje menos desigual, y no en quebrada.

Su fundación en terreno tan desigual y malo, pudiéndola haber hecho con más comodidad, parece efecto de la propensión que tenían los indios de escoger las quebradas como lugares más propios para esconderse.

La Plaza principal de Quito tiene sus cuatro fachadas hermoseadas, la una con la iglesia mayor o catedral; la otra con el palacio de la audiencia, su opuesta con el cabildo, y la que lo está a la catedral con el palacio episcopal. Es cuadrada, y en el medio la adorna una fuente, o pila.

Las cuatro principales calles que atraviesan los ángulos de la plaza, son derechas anchas y hermosas; pero apartándose de ellas tres o cuatro cuadras, se toca con la desigualdad dicha del terreno, y con las calles torcidas, disparejas y sin orden, algunas están en quebradas con las casas a sus lados, siguiendo sus curvaturas y vueltas.

Las principales calles están solamente empedradas, pero no en todos los barrios: de aquí es que en tiempo de aguas se hacen intransitables, y también se usa poco de coches; y mucho menos de otros carruages.

Las casas principales, algunas son muy capaces, desahogadas y bien repartidas, todas de altos con balconería a la calle: son fabricadas de adobes y barro; y por ser la tierra de tan buena calidad tienen la consistencia de la piedra.

La ciudad y su vecindad está dividida en siete parroquias: tiene cierto número de conventos de religiosos y monjas, un hospital común para los dos sexos, con salas separadas para hombres y mujeres, un colegio de estudios y una Universidad.

La población de Quito es de cerca de cuarenta a cincuenta mil almas cuando más: se compone de blancos, mestizos, indios y negros, y de otras mixturas.

La fuerza física e intelectual, la inteligencia e industria, varía casi como el color: así el mestizo es más ágil, más delgado, más inteligente e industrioso que el indio: el que es robusto de cuerpo, de pequeña estatura, de color de aceituna, tostado, sin barba, apático, lento y flojo.

Lampiños por naturaleza son los indios, sin vellos, tienen la cabeza muy poblada de cabello, no se pelan nunca, y tienen la costumbre de traerlo suelto aún para dormir. Las indias sólo, atan su cabello con una cinta. La mayor ofensa para ellos, es cortarles el pelo, cuyo color es muy negro, y además es lacio, áspero y grueso.

El vestuario de los indios es muy notable para un extranjero: su modo de vivir no lo es menos. La bebida de ellos es por lo común el aguardiente de caña, también la chicha y el guarapo.

Es también muy común en aquél país el mate, que es una especie de té de la India Oriental, aunque el modo de tomarlo es distinto, pues es con una bombilla o canuto. Usan por lo regular de esta bebida por la mañana en ayunas, y muchos la repiten por la tarde. Ella puede muy bien ser saludable y provechosa, pero el modo de beberla es demasiado desaliñado, porque con una bombilla sola se sirven todas las personas que hay en la compañía: los naturales son apasionados de este mate, y cuando caminan, lo prefieren a otro cualquier alimento.

Se encuentra en esta población de Quito más inclinación a las artes de la pintura, escultura, platería, y otras de esta clase, respecto de cualquiera otra ciudad de la América del Sur. También muchos se dedican a hacer instrumentos, e imitan con mucha facilidad y perfección toda copia. Los mestizos particularmente se dedican a estas artes. Uno de ellos, nombrado **Miguel de**

Santiago, fué muy célebre: sus obras se conservan en gran estimación en el Perú, como las de **Miguel - Angel** y el **Rubens** en Europa. Hoy el V. . . tiene también gran celebridad: el retrato histórico de S. E. el Libertador, le ha hecho una colosal reputación. Si el dibujo y el colorido deja que desear, la pausa y semejanza no carece de la naturaleza y de verdad.

Pero esta inclinación a las artes, está paralizada por una flojera que lo predomina, no hay vicio a que no se abandone. La embriaguez, el juego, el hurto, la práctica con batería, osados y sutiles al acceso. La falta de ocupaciones y de educación con que se cría la gente vulgar, los conduce con la ociosidad a todos estos vicios, y a la establecida costumbre de los bailes o fandangos muy licenciosos, los excesos y desórdenes corresponden a semejante función. El aguardiente, la chicha, el guarapo, abundan y aumentan la liviandad.

La juventud distinguida del país se dedica al estudio de la filosofía y teología: son sutiles de ingenio, y propios para el estudio: poseen clara comprensión, y con poco trabajo se hacen dueños de lo que se les enseña. Sería de desear un otro método de enseñanza más análogo a los progresos de las ciencias. El único ejercicio de las personas que distinción es visitar sus haciendas o chacras, y en ellas pasan todo el tiempo de las cosechas, siendo muy raros los que se aplican al comercio.

La suntuosidad de los entierros era notable, no tenía comparación en ninguna parte: la vanidad era tan extremada que se arruinaban y destruían muchos caudales en funerales y honras.

Quién podrá juzgar del temperamento que goza Quito si se arregla a la natural especulación imaginaria? ¿Quién se atreverá a persuadir que en el centro del mismo Ecuador no incomoda el calor, y que la apacibilidad del clima, y la inmutable al parecer por su situación?

Los medios que la naturaleza tomó para desvanecer el efecto de los rayos del sol, y para moderar su gran calor son:

Primero: La excesiva elevación del terreno que tiene aquél suelo respecto de la superficie del mar y de toda la tierra.

Segundo. Los cerros muy elevados y de gran magnitud todos emblanquecidos con el hielo y nieve que los circunda y cubre desde sus altos copetes hasta la falda.

Tercero. Los vientos que allí son continuos, frescos y saludables: las lluvias frecuentes. Todo esto contribuye a hacer el temple que goza Quito un medio tal, que ni los calores lo melestán, ni son incómodos los hielos, viviendo en medio de él.

A esto se agrega la igualdad que permanece todo el año, siendo casi imperceptible la diferencia de unos días a otros: así las mañanas son frescas, lo restante del día templado, y las noches de un temperamento agradable.

Los vientos refrescando la tierra continuamente, la mantienen exanta de que los rayos del sol lleguen a hacer impresión demasiado sensible o incómoda. Si a estas excelencias no contrapesaran algunas pensiones a que está sujeto aquél país, pudiera tenerse por el mejor de la tierra. Pero decrece tanto a vista de ellas, que llegan a distinguirse los quilates de su bondad con los accidentes que la indisponen: bien sean por los formidables y continuos aguaceros, bien por las espantosas y horribles tempestades de truenos, rayos y relámpagos, o bien por los impensados temblores que se experimentan cuando está muy distante de ellos la imaginación.

Regularmente allí son muy apacibles los días todo el discurso de la mañana hasta la una o dos de la tarde, manteniéndose el cielo alegre y puro, el sol hermoso y toda la atmósfera despejada; pero desde esta hora empiezan a levantarse vapores, se entolda todo el cielo con avenidas, nubes, y estos se convierten en tempestad furiosa de relámpagos, truenos y rayos, con cuyo estrépito no sólo se estremecen aquellos vecinos cerros sino que sus efectos se suelen experimentar con desgracias que se hacen entrar en la ciudad, y por último precipitando las nubes, se deshacen en copiosa lluvia, tal que en corto tiempo se hacen ríos y lagunas en las calles y plaza.

Suele haber algún intervalo de seis u ocho días de serenidad. Bajo un prudente concepto se puede hacer juicio, que sólo una cuarta o quinta parte de los días del año será de tiempo bueno, pero interpolado con el contrario.

La distinción de invierno y de verano admitida en aquel clima consiste, en una muy corta diferencia que se nota entre uno y otro. Desde el mes de diciembre hasta el de abril, mayo o junio, es el tiempo que se llama invierno, y los restantes meses componen el verano. En el primero son más comunes las aguas, y en el segundo suelen mediar más días de bonanza entre los de lluvia. Siempre que se suspenden estas por más tiempo que el de quince días, se ve aquella ciudad hacer plegarias y rogativas públicas para que vengan; y cuando continúa sin intermisión, se repiten con el fin de que se acaben, porque de la sequedad se originan enfermedades y achaques graves y peligrosos, lo mismo de la continuación de las aguas, no dando algunos días de tregua.

Además del beneficio que dispensan allí las lluvias, moderando el intenso calor de los rayos del sol, son de grande utilidad para la limpieza de las calles.

La disposición de aquél país a los terremotos o temblores de tierra, no es menos penosa que las antecedentes, aunque en la realidad no sean tan frecuentes.

A la calidad de su temperamento se le debe atribuir una particularidad toda opuesta a la de Lima y de Guayaquil: esta es, la de que por la pureza del aire no permite que haya procreación de insectos: así es que no sólo no se ven allí mosquitos ni pulgas, sino que también está exento de toda especie de sabandijas, no conociéndose allí ninguna ponzoñosa.

Aunque no se entiende allí en su propio sentido el nombre de **contagio** ni el de **peste**, tan vulgar en Lima, Guayaquil y Panamá, porque nunca se ha experimentado en aquella parte de América, con todo, hay **fiebres malignas, tabardillos, y pluresías o costados**, que en ocasiones causan mortandad.

El mal dicho vulgarmente del **Valle** ó **vicho**, témese y es tan común, que en los principios de cualquiera enfermedad aplican los medicamentos adecuados para cu-

rarlo. Las disenterias, cuyas curaciones son demasiado empíricas.

Las enfermedades venereas son comunmente excesivas, por no reducirse a cura formal.

Cuando reinan los vientos del norte y nordeste que son los más fríos por pasar por algunos páramos nevados que caen hacia aquella parte, se padece el catarro, que allí llaman **pechugueras**, y toda la ciudad se inficiona de este accidente, que es de bastante molestia.—Entonces es el temperamento algo desabrido, pues en las mañanas se dexa de sentir el frío más de lo regular, lo que motiva a mudar el vestuario que se acostumbra, abrigándose más. En esta época el método curativo del catedrático Broussais puede multiplicar sus sucesos, y aumentar sus triunfos.

La fertilidad del territorio de Quito, la fecundidad de aquellos campos es tal, que faltan voces para expresarlo. Tal, que parecería a muchos increíble, si a su persuasión no contribuyese el considerar la igualdad y benignidad del clima. La humedad continua, el calor y frío moderado, no raros los soles para orear la tierra y fecundarla, no es extraño que por naturaleza sea más fértil aquél país, que todos los que no logran semejante exclusión.

Se nota con admiración que al paso que se secan en los prados las hierbas, sucede que nacen en el mismo momento otras, y al tiempo que toman su sazón las frutas, se envejecen las hojas que las acompañaron, y va produciendo otras el mismo árbol. Esta grande fertilidad hace abundar todo género de frutas y comestibles. Se observa en las carnes que se gastan en Quito de novillos cebados, carneros, cerdos, y aves domésticas, que la carne del novillo o baca es de mejor calidad que la de Europa, y se vende a cuatro o seis reales la arroba. Las legumbres verdes, raíces, fruta de toda especie abundan muy comunmente. El queso tiene mucho uso en diversas maneras. La propensión a los dulces excede aquí respecto a otros países, y así es cuantioso el consumo de azúcar y miel.

Las producciones de sus fábricas sirven para mantener su comercio; pero este tráfico es muy reducido por

la introducción de efectos de las fábricas extranjeras, bien que antes de esta abundante nueva introducción, y desde más de cien años, había decaído sensiblemente su industria manufactural.

Las producciones de sus fábricas se reducen a tráficos de lienzos de algodón blancos, o tocuyos, bayeta, paños.

Algunas harinas del país se conducían a Guayaquil, bien que en corta cantidad: igual salida logran los tejidos para la provincia de Popayán, Pasto y Santa Fé.

Tinta, añil, cuyo consumo era considerable en los obrages de su fábrica de paños, bayetas, etc. el hierro y acero se introducía por Guayaquil. Se trabajaban otras veces muchos tejidos, y todo por mano de los indios en los obrages, o en sus casas, lo que contribuía a conservar su población: hoy apenas se hacen algunos paños muy comunes, bayetas y lienzos.

La riqueza de Quito atendida con respecto a otras ciudades de Indias, no es considerable: en otros tiempos fué más opulento de caudales, según muchas noticias, pero ya al presente son muy raros los que hay, y no puede hacer gran eco. Los más acomodados son los que tienen haciendas de campo. El comercio no ha creado fondos muy cuantiosos.

Hace más de cien años que comenzó a decaer Quito sensiblemente, y a reducirse a una quinta parte de lo que eran sus haciendas, obrages y manufacturas, sufriendo por todas partes los más dolorosos efectos. ¿De dónde ha procedido esta decadencia? ¿Qué cambio se ha introducido en sus instituciones o constitución del País?, etc.

Buscar las causas de esta decadencia, indagar los medios de remediar y efectuarlos, serían las propias tareas a cumplir: pertenecen ellas a aquél Genio superior de la América: él sólo puede trasladar todas las luces, establecimientos útiles y adaptables a la regeneración y prosperidad de la antigua Capital de Atahualpa.